

## VACACIONES EN ALEMANIA

A comienzos de 1921 se me comunicó que me habían concedido unas vacaciones de seis meses, incluido el viaje sin costo a Alemania ida y vuelta, y que Thiel me reemplazaría durante el mayor tiempo de mi ausencia. A la par fue enviado desde Bremen un nuevo empleado, Walther Krische, que sería el subdirector en la sucursal de Barranquilla y luego se convertiría en mi sucesor. Mi partida a Europa estaba prevista para abril. Thiel y Krische habían llegado unos meses antes. Este último me compró mis enseres domésticos. Thiel me había indicado que después de mi regreso de las vacaciones no permanecería mucho tiempo en Barranquilla, sino, que me mudaría probablemente pronto a Medellín, ya que él no tenía intención, por razones familiares, de quedarse mucho tiempo más en Colombia. Tenía el propósito de partir a Alemania unos meses después de mí y quedarse allí. Por lo tanto, nos iríamos a ver allá. Al mismo tiempo, me sugirió convencer al Consejo de Supervisión de Bremen, en especial a Held, para colocar a su disposición un puesto en Bremen. Le prometí hacer todo lo posible y pude, después de vencer al comienzo violentas actitudes opositoras, generar una buena predisposición, suficiente para que se le cumpliera su deseo.

Como secuela de la guerra las conexiones de transporte fluvial eran aún muy desfavorables, y la mejor opción que pude encontrar fue un más bien pequeño vapor inglés que transportaba bananos, Manzanares, que me debía llevar desde Santa Marta a Bristol, en Inglaterra. Tenía una capacidad de cuatro mil doscientas toneladas.

El viaje de Barranquilla a Santa Marta, si recuerdo bien, duró de dieciocho a veinte horas. La mayor parte del trayecto se hacía en un pequeño vapor fluvial, muy sucio y demasiado sobrecargado, hasta Ciénaga; el resto, en el ferrocarril. El lentísimo viaje con muchos mosquitos en el vapor nos condujo primero por estrechas corrientes de agua, que unían al Magdalena con la laguna de Santa Marta, y luego cruzó esta. La ciudad de Santa Marta y su hotel no ofrecían atractivos algunos. La única atracción turística era la expropiación de Simón Bolívar, el Libertador de las regiones del norte de América del Sur del dominio de los españoles, que estaba ubicada en los alrededores y la cual visité.

El barco a vapor Manzanares solo estaba equipado para una pequeña cantidad de pasajeros. Pero los camarotes y la comida no estaban mal. De los pasajeros, únicamente me acuerdo de un suizo, Imboden, que era capitán de un vapor en uno de los lagos suizos, al igual que de un matrimonio inglés con dos hijos de ocho y diez años. Imboden y yo nos sentábamos en la mesa del capitán y de los oficiales del vapor, que eran todos muy serviciales. También el resto de la tripulación era amable y atenta. Un marinero conversaba ocasionalmente conmigo sobre la última guerra. Me felicitó por el hecho de que por mi trabajo en Colombia estuve a salvo de tener que participar en ella. Me contaba de sus experiencias en las batallas de trinchera en Flandes. Allí fue hecho prisionero por los alemanes y retenido hasta el final de la guerra en un campo de prisioneros en Ruhleben. A mi pregunta respondió que el trato había sido bueno, pero la comida mala. Sin embargo, agregó que los alemanes tampoco habían tenido para ellos mismos, mucho más.

Después de un viaje feliz, durante el cual tuvimos casi siempre mal tiempo, algunas veces muy tempestuoso, llegamos a Avonmouth, el antepuerto de Bristol. Imboden y yo seguimos viaje, poco tiempo después, a Londres. Él se quedó ahí, y yo seguí solo, pasando por Warwich a Høk van Holland. El viaje de Bristol a Londres me pareció hermoso, por sus paisajes. Londres no me gustó y tiempo después, cuando tuve la oportunidad de conocerlo mejor, siguió sin gustarme mucho.

En Høk van Holland tomé el primer tren que partía a Alemania, y después de una incómoda estadía de cuatro horas en la noche, en la sala de espera de la estación Osnabrück, llegué a la mañana siguiente a Bremen. Fui al hotel Alberti, que me había sido recomendado en la estación como agradable y tranquilo.

En el transcurso de la mañana fui al banco, que tenía una pequeña oficina en el edificio secundario de la Bolsa. Ahí encontré al director de la sucursal de Bremen, C. Kellner, y al apoderado, Walther Mauritz. Este era a su vez yerno de Kellner. Ninguno de los dos me causó una impresión de especial aptitud. Todo el movimiento de la oficina causaba no solo mala impresión, sino también una sensación de mezquindad. Kellner avisó por teléfono de mi llegada al director del Consejo, Adolf Held, quien me solicitó que fuera a su oficina.

Adolf Held, cuya oficina estaba en Altenwall, cerca del Weser, desde el primer momento me dio la impresión de ser un hombre importante. En aquel entonces tenía 61 años y aún se le notaba que en sus años más jóvenes debía haber sido una persona de apariencia grande, fuerte y dominante. Era enérgico y resuelto, a pesar de que físicamente ya estaba algo decaído. Mantenía sus decisiones algunas veces hasta la terquedad. De sus colaboradores más

cercanos se decía que no tenían una vida fácil y tampoco muy larga en la empresa si persistían demasiado en sus propias opiniones. Se decía que Held se había creado él mismo algunos competidores difíciles debido a que trataba a los colaboradores más capaces en forma tan subalterna que estos, ya hartos, o pasaban a empresas competidoras o las fundaban por su cuenta.

La recepción que encontré en Held fue muy amable. Se manifestó muy satisfecho con mi trabajo en el banco, especialmente en Barranquilla, donde la sucursal se había desarrollado favorablemente a pesar de las dificultades iniciales. Sobre mi hoja de vida estaba bien informado y respecto a mi futuro en el banco me repitió sin que yo hubiese preguntado las garantías que me habían dado hacía algo más de un año en forma escrita. Al final de la larga conversación me invitó a acompañarlo a su mesa de tertulia diaria en el Bremer Ratskeller. En el camino hacia el local, pasamos un momento por la oficina del banco e hicimos unos desvíos, en los cuales Held me señaló algunas atracciones turísticas de Bremen.

Permanecí solo algunos días en Bremen, los suficientes para hacerles una visita a personajes importantísimos para el banco. Después viajé, luego de una breve estadía en Hamburgo, a Stettin a fin de visitar a mi madre y hermanos, de los cuales solo estaban mis dos hermanas. Fritz y Erich vivían desde hacía unos años en Viena, pero Fritz había anunciado su visita durante las siguientes semanas en Stettin.

En general encontré todo bastante satisfactorio en Stettin. En la vivienda se habían reemplazado varios de los muebles viejos en mal estado, por otros mejores, y pasé allí unas semanas descansadas y tranquilas. Era mi primera licencia desde mi partida a Colombia en 1911.

A pesar de los pocos años que pasé allí, siempre le seguí teniendo a la ciudad de Stettin un cierto afecto, y me causaba alegría recorrer, de nuevo, los viejos caminos. Mi jefe Radzewski fue uno de los primeros que visité y lo encontré con buena salud, y también, en lo demás, en buenas condiciones a pesar de los años de guerra vividos. De los amigos y conocidos de mi edad en los clubes, de los que había sido socio, lamentablemente encontré solo muy pocos. La mayoría había caído en la guerra. En una visita al Club de Gimnasia no vi ninguna cara conocida. En el Überseeischen Verein encontré a unos conocidos, pero el ambiente era una sombra de lo que había sido antes.

Por recomendación de un médico de Hamburgo, por el cual me había hecho revisar, más por rutina que por sentirme mal, pero también con el fin de constatar si me habrían quedado restos de la vieja malaria en mí, fui varias semanas después de mi llegada a Stettin a Bad Kissingen, para hacerme allí un tratamiento de tres semanas. Éste me sentó de forma óptima, aunque la

estadía en Kissingen me aburrí sobremanera. Contaba los días hasta mi partida. Aunque probablemente era justo ese aburrimiento muy saludable.

En el viaje a Kissingen me había quedado unos días en Berlín, donde me reencontré con mi amigo Rogge. Él había abandonado Orocué al comienzo de la guerra y regresado a Alemania, donde se alistó enseguida en el ejército. Participó en toda la guerra y fue dado de baja con el rango de oficial. Ahora en Berlín, se había juntado con un compañero de armas para un negocio del cual esperaba mucho. Me invitó a participar con capital, pero me negué, agradeciéndole su oferta. Me pareció que el negocio no contaba con una base sólida, y de hecho, algunos meses más tarde el proyecto colapsó y ambos socios no solo perdieron dinero, sino que también se separaron enemistados. Rogge me había invitado a encontrarme con él y un conocido en común de Bogotá, Reinhard Kling, de la joyería Bauer & Co., en Titisee (Selva Negra), cerca de Friburgo de Brisgovia. Este encuentro se realizó. En esa oportunidad conocimos a la futura mujer de Rogge, una joven dama muy educada, algo callada y de aspecto simpático. Su padre era uno de los directivos de la Mönchengladbacher Versicherungsgesellschaft (Sociedad de Seguros de Mönchengladbach), el cual le consiguió a su yerno, posteriormente, un puesto en la misma sociedad. Esto fue una suerte para Rogge, pues como comerciante con seguridad no hubiera llegado lejos.

Después de la estadía en Kissingen regresé en primera instancia a Stettin, adonde mi hermano Fritz había llegado. Este intentó despertar mi interés por sus negocios en Viena, para lo cual empleó una elocuencia grandiosa y antipática. Me negué. Poco después regresó a Viena. Aparentemente con el tiempo, sus negocios tampoco lo satisficieron, pues no mucho después de mi regreso a Colombia escuché que había emigrado a México.

Varios años antes había persuadido a mi otro hermano, Erich, de irse con él a Viena, abandonando su trabajo en una empresa constructora grande. A la brevedad Erich tuvo que admitir que al lado de Fritz, quien era un constructor de proyectos inestable, no tenía posibilidades, por lo cual buscó y encontró un nuevo puesto en una empresa de exportación bastante grande, en la cual trabajó durante años.

A petición de Erich, lo visité en Viena, de forma que volví a ver nuevamente mi ciudad natal después de veinticuatro años. Me gustó, no obstante mostraba todas las características de una ciudad moribunda, aunque aún no había desaparecido del todo la vida artística. En las dos semanas que pasé allí concurrí con Erich casi todas las noches a un teatro y nunca dos veces al mismo. Casi siempre las funciones eran bastante buenas. Aún se podían detectar huellas de la antigua apacibilidad vienesa. Pero en general, la población mostraba un aire desesperanzado y oprimido.

Antes y después del viaje a Viena visité ciudades y regiones que me interesaban, como Fráncfort del Meno, Múnich, Heidelberg, Baden-Baden, Stuttgart, Pforzheim y otras más; luego regresé a Stettin, donde me quedé, a excepción de unos días que pasé junto al mar Báltico en Swinemünde, todo el tiempo que me permitieron los negocios a efectuar en Bremen antes de mi partida a Colombia. La despedida de mi madre y de las dos hermanas fue por supuesto difícil otra vez, aunque más reconfortante de lo que había sido en mi primera partida.

A Bremen había llegado mientras tanto Thiel con su familia. Se esforzó para obtener un puesto en la sucursal de Bremen, pero aún no había logrado en ese aspecto algún adelanto y solicitó mi ayuda. Nunca fui un gran entusiasta de Thiel y, por lo tanto, tuve mis dudas de si, atendiendo a sus deseos, podría recomendarlo a Held sin cargo de conciencia. Considerando la dirección inepta de la sucursal bremense en manos de Kellner y Mauritz, llegué finalmente a la conclusión de que en comparación con ellos Thiel sería de todas maneras una mejor opción, y en ese contexto hablé entonces francamente con Held. Este estaba tan predispuesto contra Thiel que recibió mis primeros comentarios a su favor de modo muy irritado, pero luego reflexionó sobre el asunto y al final compartió mi opinión. Por lo tanto, Thiel fue aceptado en el Consejo de Supervisión de Bremen. Se le asignó también un sueldo, porque debía dedicar gran parte de su tiempo diariamente al banco. Él se manifestó muy satisfecho con esto y me agradeció por las diligencias en su favor, aunque entre él y Held nunca se estableció una relación amistosa, ni Held le brindó toda su confianza.

Hartmann era en ese momento el único directivo del banco en Medellín; sin embargo, a pesar de que esto se remontaba a unos meses atrás, el Consejo de Supervisión de Bremen, es decir Held, ya estaba muy descontento con él. Hartmann solo escribía cartas quejándose, protestaba constantemente por la falta de apoyo de los empleados, que en su opinión eran ineptos, y con ello disculpaba todas sus dificultades. Al parecer también se expresó así ante el Consejo de Medellín, lo que había conducido a una correspondencia algo desagradable entre este y Held.

Held me informó de los detalles y me comunicó que el Consejo de Supervisión de Bremen había dispuesto que yo debía quedarme en Barranquilla, después de mi regreso a Colombia, hasta que Krische se hubiera incorporado totalmente. En ese momento, me debía mudar a Medellín y allí asumir la dirección en forma conjunta con Hartmann. Held agregó que me consideraría desde el día de mi llegada a Medellín como responsable de la dirección general del banco. Al respecto le indiqué que Hartmann, al ser mayor, siempre exigiría tener la última palabra, y que era a veces extremadamente difícil

obtener de él una decisión definitiva. Le conté de la modalidad de Hartmann, que consistía en poner en una canasta de correspondencia, a ‘congelar’ cuestiones desagradables o también aquellas que exigían de él una decisión difícil de tomar y, en lo posible, las olvidaba ahí. Yo personalmente lo había visto a menudo poner en esa canasta cartas sin abrir, incluso de su propia madre, y dejarlas durante meses. La mayor debilidad de Hartmann era su falta de decisión, combinada con una gran vanidad personal, que le dificultaba pedir consejo a otros.

Held me contestó que justamente por esa debilidad de Hartmann me tenía que dar esa responsabilidad. Me solicitó representar los intereses del banco sin tener en cuenta los sentimientos de Hartmann, asegurándome que podía estar siempre seguro de su respaldo. Por supuesto, prefería también que yo evitara confrontaciones con él, pero en los casos en los cuales estaban en juego los intereses del banco no podría tener consideración alguna con Hartmann.

No me resultaba para nada agradable esa parte de mi futura tarea, pues a pesar de que Hartmann ya me había deparado varias experiencias molestas, no podía dejar de reconocer que este también tenía su lado bueno, y había sido él quien me contrató para el banco. Además, yo había sido acogido muy amablemente por su familia en Bremen, en especial por su hermano Andreas Hartmann. De todas formas, le prometí a Held hacer lo mejor para los intereses del banco y al mismo tiempo intentar entenderme lo mejor posible con Hartmann.

Las últimas semanas en Bremen estuvieron llenas de conversaciones de negocios con Held, así como de muchas invitaciones. Held me invitaba con frecuencia a su aperitivo de cerveza antes del almuerzo, en el Ratskeller, y varias veces a cenar en su casa. Después de la comida su familia habitualmente se retiraba y nos quedábamos él y yo, a menudo hasta después de la medianoche, conversando de negocios y tomando diversas botellas de su excelente borgoña. Este señor anciano me parecía muy interesante y me gustaba escuchar sus relatos de vida rica en experiencias. Cuanto más tarde se hacía, tanto más franco era en sus comentarios. La relación de amistad iniciada en ese momento perduró intacta hasta la muerte de Held en 1928.

De los otros miembros del Consejo de Supervisión de Bremen solo tuve una relación más estrecha con Georg Schütte. Como he relatado, ya había tenido vínculo amistoso con él en Colombia, y lo reencontré sin cambios en Bremen. Prüfert, que había sido trasladado de Medellín a Bremen, vivía en la ciudad con su madre y una hermana de unos veinte años. Recordamos con placer nuestros años juntos en Medellín y fui invitado con frecuencia a su casa. Lüchau, representante de la empresa A. Held en Manizales, estaba visitando Bremen. Él y yo debíamos regresar juntos en el barco a vapor holandés Van Rensselaer de Róterdam a Colombia.

Reiteradas veces concurrí a la empresa bancaria Carl F. Plump & Co., de la cual había surgido mi amigo Gundlach, y que también participaba en pequeña medida en nuestro banco. Meyer, el socio mayoritario, adoptaba aún en aquel tiempo una pose algo ostentosa, actitud que depuso en años posteriores. Muy simpático me pareció su apoderado número uno, el sensato y tranquilo Roggemann.

Algunas veces viajé a Hamburgo para visitar ciertas empresas que trabajaban con Colombia, aunque el Consejo de Supervisión de Bremen no apoyaba mucho esta tarea. Existían bastantes celos entre las dos ciudades.

Con los dos directivos de la sucursal de Bremen, Kellner y Mauritz, mantuve una relación algo distanciada. Mi primera impresión de ambos no había sido muy favorable, y lo que había escuchado de Held sobre ellos no la había mejorado. Kellner me invitó algunas veces a su mesa de tertulia vespertina, la cual no encontré demasiado interesante. Held, al contrario, reunía con frecuencia gente muy interesante en su mesa de tertulia al mediodía.

En general, tuve que constatar que en Bremen se tomaba de forma abundante en ciertos círculos, seguramente no menos que en Barranquilla, pero con la diferencia de que en Barranquilla uno se atenía solo a whisky, ron y cerveza, mientras que en Bremen el surtido de bebidas era muy amplio. ¡La calidad de las bebidas bremenses era en general muy buena!

Siguiendo la invitación de un amigo de Barranquilla, Ferdinand Wehdeking, visité su familia en Bremen. Wehdeking era joven, muy bien parecido y agradable, alrededor de los veinticinco años, un hombre muy sociable y ameno, desbordante de vida. En cuanto a los negocios no era tan competente; no debido a falta de inteligencia, sino porque no tomaba nada en serio. Antes de mi partida a Alemania me había dicho: “¡Escúcheme! ¡Tengo una hermana muy bonita en Bremen! ¡Cásese con ella y tráigala consigo!”. En aquellos años yo era un soltero convencido y ni pensaba en casarme. No obstante, aguardaba el momento de conocer la hermana bonita. Realmente era bonita y tan llena de temperamento como su hermano. Pensé: si seguía siendo así, sería para su futuro marido una mujer algo inquieta. Se casó con un capitán de barco. Wehdeking me hizo en broma reproches después, porque no había traído a su hermana: “¡Qué lástima! —decía—, Irma tenía una impresión bastante favorable de usted y usted hubiera sido un partido nada despreciable!”.

Llegó el día de la partida, y después de una despedida muy amable de Held, viajé de Bremen a Róterdam. Ahí debía encontrarme con Lüchau, quien había partido unos días antes. Yo estaba de buen humor, lleno de confianza, además de estar contento de regresar a Colombia, sobre todo por mi futura tarea de nuevo en Medellín. En cuanto al tiempo pasado en Europa, me llenaba de satisfacción verlo en retrospectiva, pero no sentía deseos de vivir una vez más allí permanentemente.

De los cuatro países que había visitado en mi viaje de vacaciones, solo la pequeña Holanda me había impresionado como un país sano y normal. Únicamente allí la población me pareció sana, bien alimentada y satisfecha. Durante mi corta estadía en Inglaterra no había recibido unas impresiones muy atractivas, a excepción de las hermosas propiedades campestres junto al Támesis.

Mi tierra natal, Austria, causaba una impresión desesperanzada y agonizante, y no fue mucho mejor en Alemania, donde la inflación de la moneda marco iba empeorando cada día. La escasez y pobreza de las condiciones que marcaron mi juventud las tenía muy presentes en la memoria. En comparación con las que conocí en 1921 en los círculos del estamento medio y obrero de Alemania, me pareció que a mí y a mi familia, en realidad nos había ido relativamente bien. La miserabilidad de las condiciones en Alemania aumentaba a medida que se avanzaba de oeste a este. En Stettin se veía todo muy triste. A menudo me causaba malestar observar cómo mi nuevo traje de salir recibía miradas llenas de envidia. Tal cosa era, por supuesto, una rareza.

Pero para el extranjero, sin embargo, que cerraba los ojos a las impresiones desagradables, Alemania y Austria eran en ese tiempo destinos de vacaciones ideales. La población hacía lo posible por ganar algo de moneda extranjera de los visitantes y la vida para estos era ridículamente barata. Recuerdo bien que en los cuatro meses pasados en Austria y Alemania, durante los cuales únicamente me hospedé en los mejores hoteles y renové todo mi vestuario, en cuanto a trajes y ropa apenas gasté algo más de quinientos dólares.

Era muy comprensible que en estas condiciones la moral de la población hubiera descendido de forma marcada en todo sentido. También la seguridad en las calles en la noche era ya bastante deficiente. En algunas ciudades se podía contratar acompañantes armados. Para el banco era cada vez más difícil encontrar empleados confiables, de los cuales había necesidad en ese momento en vista del crecimiento de nuestros negocios en Colombia. Muchos jóvenes ‘astutos’, incluso, despreciaban las ofertas de sueldo del banco; ellos podían ganar fácil mucho más con especulaciones, las llamadas ‘transacciones ilícitas’.

Llegado a Róterdam temprano en la mañana, me encontré con Lüchau y después de haber cumplido con las cuestiones de equipaje y pasaje lo acompañé, a su pedido, en algunas visitas comerciales. Visitamos al socio de una empresa grande de café, de nombre Schnitzer, que vivía en una hermosa casa. A la tarde fuimos también por negocios, a Haag. Después de haber terminado con las reuniones fuimos invitados por los amigos de negocios a un paseo en auto a Scheveningen. Al atardecer regresamos de nuevo a Róterdam, de donde nuestro barco a vapor zarpó esa misma noche. Era septiembre de 1921.



El Van Rensselaer era un barco limpio, bien arreglado, de quizás cuatro mil quinientas toneladas. Durante el viaje, en el cual tocamos tierra en los puertos de Barbados, Port of Spain (Trinidad) y Curazao, tuvimos en gran parte buen tiempo. Teníamos agradables compañeros de viaje. Aún me acuerdo de la simpática pareja de Wilhelm Steinworth y señora, con dos hijos de poca edad (niño y niña) de San José (Costa Rica), otro matrimonio alemán de Valencia (Venezuela) con tres hijas casi adultas, el gobernador holandés de Curazao con su mujer e hija, un erudito suizo con esposa y una hija ya algo mayor y un comerciante alemán de apellido Zinggraff, de Maracaibo. Las tres jóvenes damas de Valencia y la hija del gobernador holandés siempre nos pedían a Lüchau y a mí, pues éramos los pasajeros masculinos más jóvenes, participar en los juegos de cubierta, juego de tejo, etc. Las cuatro jóvenes eran muy agradables y divertidas. La holandesa era todavía bastante europea. Las tres valencianas, aunque de origen completamente alemán, habían asumido en su naturaleza una gran parte sudamericana.

El viaje nos resultó corto, a pesar de durar más de tres semanas. Una mañana llegamos a Puerto Colombia, donde nos esperaban Krische, Remer y otros amigos y conocidos.

Las noticias que Krische me transmitió sobre la gestión del banco sonaban muy satisfactorias. La sucursal de Barranquilla había tomado más impulso, por lo cual el prestigio del banco había aumentado muchísimo en toda Colombia. En vista de esto, también en Barranquilla una que otra empresa alemana se sintió motivada a asignarnos una parte de sus transacciones comerciales. Pero ahora este gesto no nos impresionaba mucho, pues en primer lugar nos habíamos ganado ya un posicionamiento fuerte y en segundo lugar era evidente que las empresas alemanas, en su mayoría, estaban en retroceso. Solo las relaciones con nuestro viejo amigo Strauss, que nos había ayudado activamente en la fundación de la sucursal, las seguíamos apreciando como siempre. Strauss jamás exigió cosas indebidas al banco como muestra de agradecimiento por la ayuda brindada.

Un cambio muy positivo que registré en la sucursal es que ahora disponía de un local bancario importante. Como ya me había enterado por Thiel en Bremen, el National City Bank of New York, que había decidido cerrar su sucursal, le ofreció la compra de su edificio en condiciones muy favorables. El Consejo de Supervisión de Medellín consideró también ventajosa la compra, por lo que se realizó la transacción, creo que por el precio de ochenta mil dólares. Además el National City Bank nos traspasó sus transacciones comerciales de ese momento en Barranquilla.

Krische solo se quejó —y mucho— de dos cuestiones: el difícil trabajo en equipo con Hartmann y la falta de capacidad de los empleados alemanes

recién llegados, aunque de esto último el juicio de Krische no era confiable: nunca supo manejar su personal y a su vez tampoco era apreciado por este.

Unos días después de mi regreso vi una pila de cartas que Krische había presentado para la firma. Una de ellas me llamó la atención, ya que trataba un asunto algo más complicado y estaba muy bien redactada. Le pregunté a Krische si él había dictado la carta. Me contestó que “no”, que Reissner la había escrito solo. Justo Paul Reissner era uno de los empleados más nuevos, de los que en especial Krische se había quejado. Le dije a Krische que yo no podía considerar a una persona que había redactado tan bien una carta, como incapaz, y eso incluso en un idioma extranjero, pues la carta estaba escrita en español, y si él no quería a Reissner en Barranquilla, yo me lo llevaría con gusto más adelante a Medellín. En vista de esto, Krische decidió que era mejor ocuparse algo más de Reissner y de repente descubrió que este era en realidad una persona muy útil. De hecho, Reissner evolucionó en poco tiempo en forma muy favorable y luego fue director de la sucursal de Barranquilla, demostrando en este puesto su capacidad con claridad.

El incidente, sin embargo, fue significativo en cuanto a Krische, el cual era y siguió siendo un destructor de personal. Para diversos empleados, en especial aquellos que eran enviados de Bremen y debían comenzar su actividad en la sucursal de Barranquilla, fue un comienzo fatal. A propósito o inconscientemente, trataba a su personal de una forma que los empleados no podían dar lo mejor de sí, se volvían inseguros y perdían el ánimo. Al ya nombrado Hans Heinatz, que había cumplido tan bien con su trabajo en la inauguración de la sucursal y era una persona de muy buena voluntad, de mentalidad sencilla pero absolutamente sensata, le había amargado su trabajo hasta que este me rogó conseguir para él lo más rápido posible un traslado a otro lugar. El estado de ánimo era similar en todo el personal. Hablé con total franqueza con Krische sobre el tema, del que se mostró muy asombrado al respecto, pero no podía o no quería cambiar.

Krische mismo era sin duda muy capaz y un buen empleado. También poseía una certera vista para los negocios. Pero su forma de ser no era simpática y nunca se ganó el aprecio de la clientela. Provenía de Friburgo, en Brisgovia, y —antes de venir a Colombia— había trabajado unos años en Guatemala; un hermano suyo tenía o administraba allá una hacienda de café, en la cual fue asesinado a tiros por un empleado. Krische aparentemente era, en parte, de ascendencia judía; en todo caso, le gustaba alternar en círculos judíos. Conmigo mostraba por fuera una gran camaradería, aunque no era muy sincera, como me vi obligado a constatar en ciertas ocasiones. Lo traté siempre con gran reserva, lo que no tomaba a mal, sino que esto aumentaba mi prestigio ante él, como descubrí después de unos cuantos años. En general, siempre nos llevamos bien.

No me acuerdo dónde me alojé en los primeros días de mi regreso a Barranquilla. Creo que fue en la casa con techo de paja de Wehdeking y Haase. Breve tiempo después de mi llegada me visitó Karl Schmelzer, el apoderado de Strauss, y me contó que este, quien había partido un poco antes con su mujer e hijos para Alemania, le había encomendado ofrecerme su casa si estaba dispuesto a vivir ahí hasta el regreso de la familia Strauss. El precio que me mencionó Schmelzer era moderado. La casa era en aquel entonces una de las más hermosas y modernas de Barranquilla. Estaba ubicada en El Prado, que aún no estaba urbanizado en su mayor parte, y desde los pisos más altos se tenía una hermosa vista hacia el río. En las mañanas despejadas se podían ver las montañas nevadas de Santa Marta. Asumiendo que aceptaría la propuesta, la señora Strauss ya me había hecho acondicionar la habitación más hermosa en la casa, habitualmente ocupada por su hija Elsa. Acepté sin dudarle y viví tan distinguidamente como nunca antes en mi vida. Para Strauss mismo, que estaba tan orgulloso de su hermosa casa, esta ya no era en ese momento motivo de alegría. Había comenzado su construcción en 1919, cuando el auge incipiente después de la guerra prometía tiempos mejores, aparentemente de forma duradera. Pero por desdicha, en agosto de 1920 se instaló una nefasta depresión que ocasionó un marcado revés también a los negocios de Strauss. La suma invertida en la edificación, que ascendía a veintisiete mil pesos, ahora le faltaba bastante en sus otros negocios. Strauss, que ya era un hombre mayor, nunca se pudo recuperar del todo de las consecuencias de esta situación.

Después de vivir, quizás un mes, muy contento en la bella casa, Schmelzer me visitó y me contó la siguiente historia: dos empleados del Departamento de Navegación de la Tropical Oil Company, que vivían con sus mujeres en los hoteles llenos e incómodos, se habían enterado por casualidad (la casualidad probablemente era el mismo Karl Schmelzer), que yo vivía solo en la casa tan grande y se dirigieron a él con la propuesta de si yo estaría dispuesto a cederles unas habitaciones. Schmelzer agregó que mis deseos serían por supuesto decisivos, pero creía, ya que yo estaba al tanto de la situación financiera algo difícil de Strauss, que quizás no tendría nada en contra de aceptar esa propuesta en el caso de que estas personas fueran de mi agrado. Además mencionó que esta gente ya había ofrecido un muy buen precio. No me simpatizó esta interrupción de mi comodidad, sin embargo, no quise privar a Strauss de este ingreso. Mi oferta de desocupar la casa fue rechazada de modo terminante por Schmelzer. Por lo tanto, le dije que en principio estaba de acuerdo, pero en primera instancia quería conocer a las personas antes de dar mi consentimiento definitivo. Los interesados vinieron esa misma tarde a la casa para conocerla. Les gustó mucho, y como yo no tenía nada que objetar en

cuanto a ellos, se decidió que se mudarían al día siguiente. De las dos parejas casadas, una era de mediana edad, de apellido Philipps. La otra, Pagenhard, era joven y se había casado hacía solo algunos años. De lo que acordamos en cuanto a la organización de la casa solo recuerdo que nos garantizamos total libertad de acción.

Los Philipps eran gente tranquila y agradable, de carácter equilibrado, con los cuales era fácil y ameno mantener una relación. Pero los Pagenhard causaban una impresión inquieta, de disconformidad con ellos mismos y con todo lo demás. El hombre provenía de Stuttgart, se llamaba en realidad Von Pagenhard y había ido con Otto Kemmler al colegio, aunque los dos demostraron no ser amigos. Pagenhard era de muy buena apariencia, alto y sumamente culto. Era extremadamente reservado y daba la impresión de estar permanentemente presionado. Durante todo el tiempo de nuestra convivencia la conversación entre nosotros casi solo se redujo al saludo cuando nos íbamos o cuando llegábamos. Su mujer era una americana muy bonita, de 24 años y ascendencia francesa, proveniente de St. Louis, ante la que se comportaba como si no fuera su marido, sino su sirviente. En agradecimiento a esto, ella lo trataba con gran indiferencia. Una vez no pude contenerme y le expresé mi asombro por su infinita paciencia, a lo cual me contestó: *Well, you see, it's her spirit! If you break it, you ruin the best in her*<sup>7</sup>. Expresé mis dudas en cuanto a esa sabia frase, pero comenté de paso que él debía saber mejor que nadie lo que debería hacer. La mujer no me gustaba. Uno de los primeros comentarios que me hizo fue: *I hope you are not one of those men, who want to kiss a woman, as soon as they are alone with her*<sup>8</sup>.

Le contesté que podía despreocuparse al respecto, pues probablemente no me vería con mucha frecuencia. Este fue el caso, sobre todo al principio, pues no solo estaba demasiado ocupado en el banco como para estar mucho en la casa, sino que la casa también era suficientemente grande, de tal manera que no había motivo de molestarse mutuamente. Pero si nos encontrábamos, Mary Pagenhard dejaba pasar pocas veces la oportunidad de hacer una de sus observaciones coquetas o provocadoras. Si su marido o alguna otra persona estaba presente, le era totalmente indiferente. Yo pasaba por alto, en lo posible, sus comentarios y me comportaba distante. A Mrs. Philipps el comportamiento de su compatriota le resultaba desagradable y algunas veces expresó su esperanza de que yo no creyera que todas las norteamericanas eran así. Una vez también me manifestó, en nombre

<sup>7</sup> Nota de la traductora: “¡Bueno, ya ve, es su espíritu! Si lo rompe, usted arruina lo mejor de ella”.

<sup>8</sup> Nota de la traductora: “Espero que usted no sea uno de esos hombres, que quieren besar a una mujer, tan pronto están solos con ella”.

de algunas otras damas de la colonia estadounidense que yo había conocido a través de los Philipps, su reconocimiento por la forma en que trataba a Mary Pagenhard, que al parecer era poco apreciada. De hecho, yo no me callaba frente a ella, aunque nunca se ofendió cuando le daba con franqueza mi opinión, al contrario, se mostraba cada vez más cortés, a medida que más nos conocíamos.

Nunca pude entender en qué ocupaba su tiempo esa joven mujer. No parecía tener ninguna clase de intereses, excepto su propia persona. Estaba convencida de su influencia sobre los hombres. Me dijo un día que estaba segura de que yo estaba tan enamorado de ella como lo habían estado hasta ese momento todos los hombres que la habían conocido. Mi indiferencia exteriorizada sería solo una máscara.

Un día, los Philipps fueron trasladados de Barranquilla y poco después Pagenhard, que era arquitecto naval, debió viajar por una estadía prolongada a Barrancabermeja. Él me pidió que cuidara a su mujer durante ese tiempo. Diversos conocidos míos, en especial Remer y Kemmler, me envidiaron mucho por el privilegio de tener una inquilina tan bonita y no me creyeron cuando les dije que prefería, mucho más, vivir nuevamente solo. Me visitaron durante ese tiempo con más frecuencia que nunca. Pero aparentemente no eran del agrado de Mary Pagenhard, pues se mantuvo siempre distante en su relación con los dos. Una vez lo tomó a mal que ambos aparecieran con un par de botellas de champán y se retiró pronto a su pieza. Era muy medida en la bebida y creo que no fumaba.

De su vida anterior me contó que su apellido era Dubois, que era hija de un médico y antes de su matrimonio había sido reportera para *Society Page*, un diario en St. Louis. Hablaba un buen inglés y en sus momentos sensatos se esmeraba ocasionalmente en mejorar el mío.

Poco después del regreso de su marido de Barrancabermeja recibieron orden de regresar a los Estados Unidos. Después de cierto tiempo llegó el rumor a Barranquilla de que Pagenhard parecía estar en problemas financieros y el matrimonio se había separado.

Luego de la partida de los Pagenhard fui el único habitante de la casa, de forma definitiva, hasta el fin de mi tarea en Barranquilla. Ahora reinaban de nuevo tranquilidad y orden, por lo cual hasta el personal doméstico estaba muy contento. Este último había estado varias veces a punto de renunciar, pues había sido muy maltratado por Mary Pagenhard. Solo porque yo seguía diciéndoles que la estadía de esta persona era transitoria, pude retenerlos.